

**P**RESENTADO por Juan Ignacio Luca de Tena, Julio Guillén y Alfonso García Valdecasas, José López Rubio ha sido propuesto como candidato a la Real Academia Española en el sillón que quedó vacante tras la muerte de Narciso Alonso Cortés. Aunque los mismos informadores que han publicado la noticia añaden que el autor de "La otra orilla" no parece tener por ahora demasiadas posibilidades de acceder a un puesto entre los "inmortales", ello trae de nuevo a la actualidad el nombre de un autor que —desde la posguerra— ha ocupado un lugar relevante en ese teatro que José Monleón dejó definido como "de la derecha".

Por otra parte, López Rubio acaba de mantener durante varios meses una obra suya —"El corazón en la mano"— en un local madrileño; está preparando una nueva serie de guiones para televisión, donde se ha ofrecido hace pocos días "La venta en los ojos", dentro del espacio "Estudio I", y ha sido encargado de la adaptación española de los diálogos del film "El padrino" (basado en el "best seller" de Mario Puzo) para un doblaje que está dirigiendo Luis García Berlanga.

Notable actividad, pues, para un hombre de sesenta y nueve años —nació en Motril durante 1903—, con el que hemos dialogado ampliamente, tratando de ser polémicos en aquellos momentos que las amplias contestaciones de López Rubio nos lo permitía. Nuestra discrepancia con muchas de sus posturas queda indicada en la entrevista. Y en cuanto a otras que no tienen reflejo en la charla, como su intervención con respecto a las Conversaciones de Teatro, que debían haberse celebrado en El Escorial, van implícitas, dada nuestra línea habitual.

**TRIUNFO.**—Todo autor repite a lo largo de su obra cuatro o cinco temas fundamentales. Si le es posible analizar su propia producción, ¿cuáles cree que han sido en usted estos temas constantes?

**JOSE LOPEZ RUBIO.**—Yo no diría los temas, porque precisamente el tema es lo que no se puede repetir. Son los conceptos, el tono, el procedimiento... Pero es algo que quizá ustedes analizarán mejor que yo. Lo único que sé es que me pongo las cosas a mí medida porque conozco mis limitaciones. Tengo una línea, una línea estrecha, dentro de la que me muevo con la mayor o menor facilidad posible. Les aseguro que hago las cosas porque me divierto, me divierto cuando se me ocurre algo, porque es la primera vez que lo oigo y me sorprende a mí mismo. A veces hay la sensación de que le dictan a uno las cosas, y entonces me echo a reír. Claro, estoy solo en El Escorial, si la gente me viera trabajar creería que era un idiota. Lo que escribo, luego ya no me vuelve a hacer ninguna gracia, pero en ese momento lo paso muy bien y me divierto.

**T.**—En su teatro hay casi siempre una presencia de lo onírico, de lo irreal...

**J. L. R.**—Sí, a mí me gusta mucho el manejo de lo sobrenatural tratado de una manera muy na-

tural. Ven ustedes, ya hemos encontrado una de mis fórmulas. Me gusta lo inverosímil, lo imposible, jugado muy con los pies sobre la tierra, que los personajes sean los primeros sorprendidos de lo que les ocurre. En la Historia de la Literatura, la comedia empieza desde que se deja de usar el héroe y es reemplazado por el hombre, a quien lo sobrenatural sorprende y la vida le cae ancha. Eso se puede tomar en su lado cómico o en su lado trágico, el hombre con el peso de unas cosas que no se explica y no sabe.

«El otro día estaba yo releendo mis guiones de Televisión y me di cuenta de que casi todos consisten en el pobre hombre dominado por la sociedad, sin que yo pretendiera esto al escribirlos. Y yo no soy el pobre hombre, pero siento compasión por él. El pobre hombre dominado por su tiempo, por su sociedad, por una serie de cosas. Me han salido, sin buscarlo, los hombres agobiados, los hombres dominados, no sé por qué. Me sale el antihéroe, el hombre a quien le pasan cosas, y que si esas cosas son grandes, le superan y se ve inferior a ellas. En el teatro antiguo, en el teatro clásico, el héroe grita, e incluso también en el romántico; don Alvaro dice «Húndase el cielo, venga el huracán, venga el rayo», en fin, ya reclama lo cósmico porque aquella señora no le quiere... No, no, esto no, esto es una fórmula... Cada cual tiene la suya, pero yo me muevo mejor en los terrenos del antihéroe.

**T.**—Usted nos acaba de decir que suele trabajar en la soledad de El Escorial. ¿Por qué este aislamiento, este alejamiento de Madrid, del centro neurálgico del mundo del teatro?

**J. L. R.**—Bueno, en El Escorial yo me encuentro muy tranquilo, solitario; de acuerdo, hay días en que no hablo con nadie, pero tranquilo. Hay un momento en la vida en que uno empieza a reducirse, a encerrarse, a bastarse un poco más a sí mismo. Mucha gente me dice, pero no sientes tristeza, no te da pena... no, si estuviera triste me iría a Madrid, estoy a pocos kilómetros, tengo un piso allí... No, estoy porque me gusta, porque hay un silencio fenomenal, de noche no se oye nada, el aire está limpio... Ya necesito muy pocas cosas, unos libros, unos discos, unas revistas... Claro, tiene uno menos necesidades, empezando por las físicas, uno se va limitando, el amor hay que limitarlo, la comida hay que limitarla... Pero eso sin amargura y sin tristeza, porque comprendo que es una cosa natural, el tercer acto. La vida es una comedia de tres actos: la juventud, la madurez y la vejez. Y un día se muere uno porque cae el telón, sencillamente, tampoco hay que dramatizar.

«Quizá es que yo ya esté un poco de vuelta de todo, indiferente. La ilusión hoy la tengo en encontrar la palabra adecuada, en el oficio, a veces no se encuentra esa pa-

labra y se sufre de una manera terrible. Pero creo que una de las cosas más bonitas que sigue habiendo en el mundo es la lucha de un escritor ante un papel, su búsqueda de creación.

«En realidad, todos creímos alguna vez que íbamos a cambiar el mundo, o el pequeño mundo de cada uno, que íbamos a cambiar las Letras o que íbamos a cambiar la política... Cada uno piensa que es capaz de hacer tantas y tantas cosas...

#### UN HOMBRE CIVILIZADO

**T.**—Pero cree que este proceso que va desde querer cambiar el mundo a conformarse con él o a sentirse escéptico, es un proceso

JOSE LOPEZ RUBIO

## ELOGIO Y DEFENSA DE LA SOCIEDAD DE CONSUMO

casí como biológico, provocado por el paso de la juventud a la madurez y a la vejez, o es que unas circunstancias especialmente duras —en que su generación ha vivido— pueden haber motivado un aceleramiento o un agravamiento de este proceso...

**J. L. R.**—Mi generación no ha tenido los problemas que tiene la de ustedes o no se inventó los problemas que hoy se han inventado. Creo que influye mucho la política, creo que influye mucho la literatura. Estamos en un nuevo romanticismo, entendiéndolo por romanticismo no lo dulce ni lo poético ni lo amoroso, el romanticismo es mucho más hondo; es la amargura. Antes era una moda literaria y acababan desesperados pegándose un pistolazo. Ahora esa moda está más llevada hacia lo político y lo social, los jóvenes se preocupan de muchas más cosas.

«No soy exactamente de la «belle époque», pero he vivido sus consecuencias. Era todavía una época más blanda, los problemas no eran tan profundos, aún no se habían producido los grandes conflictos de nuestro siglo. Unos vivían muy bien, pero otros vivían muy mal. Por lo que yo creo que la gran mentira de este momento es combatir la sociedad de

consumo. A mí la sociedad de consumo me parece importantísima, la prueba es que en Moscú ha habido no hace mucho una exposición de artículos de consumo... Nadie querría volver a Madrid que yo he conocido, al obreiro de alpargata y mal pagado, al hambre y a la miseria. No es que crea que ahora todo está bien, que todos los problemas sociales ya están resueltos, pero lo que sí les digo es que nadie querría vivir como se vivía hace treinta, cuarenta o cincuenta años, igual que la gente no se vuelve hoy a su pueblo después de conocer Madrid o Barcelona. El problema de la agricultura es que no quedan en los pueblos más que los viejos y los tontos. La culpa de esto la tiene la televisión que enseñó el mundo a la gente y ya

no se conforma con lo que tiene.

«Nada es reversible, y la sociedad de consumo ha resuelto una serie de cosas y, sobre todo, las ha facilitado. ¿Que ha ablandado la vida? Pues sí, la ha ablandado un poco, era más dura antes, pero socialmente se ha avanzado mucho. Yo creo en el socialismo, lo que no creo es en el anarquismo, ni tampoco en el comunismo, porque no ha resuelto las cosas. Una teoría económica que no resuelve el problema económico, ya me dirán ustedes... porque a mí lo del ateísmo y todo eso me trae sin cuidado. ¿Que el comunismo conseguirá que vivan mejor las generaciones futuras? Bueno, qué va a conseguir, llegar al nivel de Alemania o de Estados Unidos... Pues eso ya está logrado, ¿no?

«Y eso de decir, vamos a volver a empezar, no, vamos a tirar de aquí hacia adelante. No sé si ustedes vieron al Roy Hart..., ¿vamos a volver al vagido, al rugido, al ruido? No, no, no. Para mí ha habido un señor Botticelli que ha pintado unos cuadros para mí, y ha habido un señor Baudelaire que ha escrito unos poemas para mí, y ha habido un señor Kant que ha escrito «La crítica de la razón pura» para mí, y otro señor que ha escrito «Madame Bo-



vary», y otro que ha hecho «El pensador»... ¿Voy a renunciar yo a todo eso? No, yo no renuncio a la cultura, quizá porque soy hijo de una cultura bastante extensa. A empezar... ¿por qué? Vamos a seguir, que es lo difícil después de todo lo que se ha hecho. Y no regresar al primitivismo, al vagido y al baluceo. Yo soy un hombre civilizado, lo siento mucho, si eso es un delito... soy un hombre de mi tiempo y de mi cultura. Cultura que empieza en Grecia y de ahí para adelante. Estoy muy contento de ella, y la amo, amo mi civilización. Me ha dado grandes satisfacciones y sigue dándomelas, porque yo he visto kilómetros de pintura por el mundo, y he leído montones de libros y... Yo a eso no renuncio en nombre de nada.

una comedia inmersa en su tiempo, en la que se toca un poco el problema de los negocios, de las «matesas» y de todas esas leches que hay ahora, ¿no? Y hay también un intento de acercarme a la juventud, de oír cómo hablan, de utilizar su lenguaje... ¡Con lo que a mí me encanta la juventud!

#### EL SENTIMIENTO DE CULPABILIDAD ES UNA TONTERIA

T.—Ya que usted mismo ha sacado el tema, ¿no cree que la imagen que de la juventud ha ofrecido en «El corazón en la mano» no puede ser más folklórica, más aparente, más superficial y falsa en definitiva?

J. L. R.—Sí, es fácil, es fácil, de

«Me invitó Julián Marías a un coloquio en una biblioteca americana de Madrid sobre la vida en Estados Unidos, y había allí una señorita estudiante: Bueno, le pregunté, a ustedes, ¿qué les pasa? Pues que nos sentimos responsables. Digo, ¿de qué? Mire, usted es muy mona, usted está estupenda, y usted no es responsable de nada, duerma usted tranquila esta noche. ¡La juventud no tiene la culpa! Yo no la tengo tampoco, pero la juventud no es culpable de nada, ni de nuestros errores ni de nada. Que salga a buscar la manera de resolver, no los problemas de la Humanidad, sino su propio problema, que ya es bastante. Vayan ustedes con la alegría y la decisión de que las cosas hay que arreglarlas. No quiero que sean conformistas, de ninguna forma, yo no lo soy a pesar de los sesenta y nueve años que tengo. Pero el sentimiento de culpabilidad y todo eso... eso es una tontería.

T.—Al margen de que no estamos de acuerdo con su visión general de la juventud, hay una cosa que nos intriga de forma especial: ¿por qué la atribuye usted a la juventud política el dato de poca seriedad, por qué una persona joven que tenga una actividad política no puede ser serio?

J. L. R.—No, si lo que creo es que son demasiado serios. Creo que el joven debe ser serio en la política, en el trabajo, en el estudio, pero luego ser alegre en la vida. ¡Aprovechen ustedes que están en la edad de reírse, de ser felices, de salir con una chica, de pasarlo bomba! Y si lo hacen así, no les hará falta ni el alcohol ni la droga ni nada de eso. La juventud que se pasa la vida en una discoteca, a mí me parece una juventud estúpida, el señor que se pasa la vida comprando discos me parece un cretino.

«En el coloquio ese de que les hablaba, eran los propios estudiantes americanos quienes hablaban mal de los Estados Unidos, y Julián Marías y yo defendiéndolos. ¡Qué paradoja! Creo en los países donde se pueden decir las cosas, sólo en tres o cuatro países existe esa libertad, y no debemos tirarles piedras precisamente a ellos. Porque esa debe ser, a mi juicio, la meta de la Humanidad. Con una libertad de Prensa, que todo el mundo pueda decir lo que quiera, y un Parlamento libremente elegido a través de una campaña electoral. Lo más sano y más importante de todo es que un ministro tenga el temor de que en el Congreso se levante un diputado y diga ¿qué pasa aquí?, y, si no ha quedado claro, el periódico de por la noche vuelva a preguntarlo. Me repugna todo lo que sea dictadura de derechas o de izquierdas.

#### DE PUNTILLAS POR LA VIDA

T.—¿En qué cosas sigue usted creyendo, señor López Rubio?

J. L. R.—No creo en nada absolutamente, a todo le encuentro sus matices. Quisiera creer en muchas cosas, pero no lo consigo, ¿qué le vamos a hacer? No estoy con la derecha, no estoy con la izquierda, no estoy con nada, mi situación es la de víctima posible de cualquier bala que se pierda; estar por enmedio es la peor de todas las situaciones. He conocido a la derecha, con su camisa azul, a gente que ahora está a la izquierda. La gente cambia. Casi siempre, por motivos inconfesables. No creo en las fórmulas políticas, sólo en la libertad del individuo y en la democracia, cosas que están mal vistas y quizá condenadas a morir. He sido siempre un escéptico, he nacido casi como un viejo.

«Todo esto sin dramatismos ni tristezas ni amarguras, insisto. Porque he encontrado que la vida está llena de cosas, he recibido muchos regalos de ella como, por ejemplo, mi amistad con Charlie Chaplin. Creo que no he perdido el tiempo, aunque quizá tampoco lo he aprovechado como debiera, tengo unas diecinueve comedias y debía tener cuarenta y tantas...

«Pero, por otra parte, así no he cansado a la gente, ni he pisado sobre nadie ni he molestado a nadie, he procurado ir casi de puntillas por la vida. No me he colocado en primera fila, no he querido colarme, no he buscado la publicidad, no he hecho nada de eso. No soy misántropo pero me gusta estar en mi rincón. La gente cree que soy un poco raro... pues sí, soy un poco raro, todos los somos y cuando se llega a cierta edad, todavía más. Y, como a todos los depresivos, el éxito no me produce gran satisfacción, pero el fracaso me hunde.

«No nos juzguen por lo que hemos hecho, sino por aquello que podríamos haber hecho con toda facilidad y no hemos aceptado hacer. A lo largo de casi cuarenta años, habría sido muy fácil hacer un teatro del régimen, todo predisponía a hacer el himno y el canto triunfalista. Pero, salvo casos aislados, los autores no lo hemos hecho y creo que eso también hay que tenerlo en cuenta. Hoy el teatro comercial es el teatro de oposición, la prueba es que los empresarios se vuelven locos de alegría si usted le lleva una obra contestataria, en la que el público adivine que se está metiendo con el Régimen. Eso es lo que ahora da dinero, y el capitalismo busca el dinero dónde y cómo sea.

«Como buen viejo, permítanme ustedes un consejo para terminar: piensen que hay muchas cosas importantes por vivir, no se encierran en una sola idea o en una sola preocupación. Estén, por favor, lo más abiertos posibles. ■ Entrevista registrada en magnetofón por FERNANDO LARA y DIEGO GALAN. Foto: Manuel S. Uría.



¿No están de acuerdo conmigo?

«Pero lo que pasa es que el mundo está tremendamente politizado, todo es política, para bien y para mal, para la derecha y para la izquierda. Todo se lleva a unos extremos increíbles y viene un movimiento político que nos va a traer, fatalmente, al fascismo otra vez...

T.—Entonces, si ahora existe esa moda de lo político y su teatro no afronta temas políticos, por simple deducción es un teatro pasado de moda...

J. L. R.—Pues no, no, porque yo creo que no todo debe ser político. La teoría de que todo tiene que ser político es absolutamente falsa; el que quiera hacer teatro político que lo haga, el que quiera hacer teatro del sexo que lo haga y que cada cual haga lo que quiera. Además, cada hombre que vive en su tiempo acaba por reflejarlo, con mayor o menor agudeza, con mayor o menor acritud, pero lo refleja. Yo no he hecho jamás ni el elogio de mi tiempo ni el elogio de la burguesía ni el elogio de la aristocracia, jamás, porque no creo que sea un buen mundo. Lo que pasa es que lo conozco, me divierte y lo tomo un poco a broma. Por poner un ejemplo mío muy reciente, «El corazón en la mano» es

acuerdo. Creo que hay muchas más cosas de las que se dicen en mi comedia y que hay una juventud mucho más importante que la que aparece. Que la juventud de la droga y la de la guitarra, e incluso la juventud política, es sólo una minoría, afortunadamente. A mí sigue emocionándome leer el anuncio de la bolsa de trabajo del estudiante, del señor que quiere trabajar o quiere cuidar niños al mismo tiempo que estudia; es decir, que hay una gente joven que se toma la vida en serio. Creo en la juventud, pero en a juventud que tiene ganas de hacer cosas, de estudiar y prepararse. Que eso es lo importante, porque si no luego en la vida se nota la falta del lastre de no haber estudiado. Y luego, divertirse y enamorarse y pasarlo lo mejor posible, porque es una edad... por eso a mí la juventud triste me pone... la vida esta llena de cosas agradables, las mujeres están... es que hay que aprovechar la juventud. Aprovecharla en los dos sentidos: en el sentido profundo y en el sentido vital. Para mí, el señor que se dedica a la droga, por ejemplo, me parece un imbécil, porque hay tantas cosas importantes en la vida, tanta belleza, que por qué hay que actuar así...